

# Cartas de Salvador Novo a Federico García Lorca

**S**obre su fugaz, pero feliz encuentro con García Lorca en Buenos Aires en diciembre de 1933, Salvador Novo nos dejó una interesante y divertida crónica en su libro *Continente vacío (Viaje a Sudamérica)* (Espasa Calpe, Madrid, 1935), publicado apenas un año después de su regreso a México. Con evidente cariño y añoranza, al final de su vida también volvió a evocar la misma historia en el prólogo escrito para la publicación en México de algunas obras de su antiguo amigo español<sup>1</sup>. Si bien ambos relatos (y sobre todo el primero) nos ofrecen una imagen bastante cándida de esta amistad, tal vez nos permita ahondar un poco más en el curso seguido por esta relación, la serie de tres cartas de Novo a Lorca que a continuación se comenta, las tres, hasta ahora, rigurosamente inéditas<sup>2</sup>.

El viaje de Novo a Sudamérica surgió a raíz de una invitación que se le extendió para que acompañara, como relator oficial, a la comitiva mexicana que asistiría en Montevideo a la VII Conferencia Internacional Americana. En *Continente vacío*, Novo se ocupa muy poco de lo ocurrido durante esa conferencia, celebrada en la primera quincena de diciembre de 1933, prefiriendo (para fortuna nuestra) relatar sus propias andanzas al margen de las reuniones oficiales. Entre estas andanzas se destaca precisamente la narración de su breve estancia en Buenos Aires, ciudad a la que se dirigió poco después de llegar a la capital uruguaya, queriendo aprovechar de esta manera algunos de los pocos días libres que tendría antes de que empezara su trabajo para «la expedición al Polo Sur» de la que formaba parte.

Cuando Novo llegó a Buenos Aires el 30 de noviembre, Lorca llevaba ya más de un mes y medio como el ídolo del público argentino. Había dado conferencias y recitales ante foros cada vez más entusiastas, mientras que su obra *Bodas de sangre*, estrenada por la compañía de Lola Membrives en

<sup>1</sup> Véase Salvador Novo, *Continente vacío. (Viaje a Sudamérica)*, (Espasa Calpe, Madrid, 1935), pp.188-241; y Novo, «Prólogo», en *Federico García Lorca, Libro de poemas. Poema del cante jondo. Romancero gitano. Poeta en Nueva York. Odas. Llanto por Ignacio Sánchez Mejías. Bodas de sangre. Yerma.* (1973; 12ª ed., Porrúa, México D.F., 1994), pp.vii-xix. *El mismo texto sirvió como prólogo para otro volumen paralelo en que se reunieron otros textos de Lorca: Mariana Pineda. La zapatera prodigiosa. Así que pasen cinco años. Doña Rosita la soltera. La casa de Bernarda Alba. Primeras canciones. Canciones. Para evitar un exceso de notas de pie de página, las referencias a Continente vacío (que son las más) se harán en el cuerpo del texto mediante la sigla CV, seguidas por el número de la página.*

<sup>2</sup> Los originales de estas cartas, todas ellas escritas a máquina, se conservan en

julio, seguía teniendo un éxito como pocas veces se había visto en la historia del teatro del país. Y como si esto fuera poco, viendo la enorme popularidad gozada por el poeta y dramaturgo andaluz, Victoria Ocampo había sacado una nueva edición argentina del *Romancero gitano*, edición que también se vendía como pan caliente. Fue el suyo un éxito tan fulminante que, de hecho, la situación se volvió casi insostenible para el propio Lorca. «Estoy muy mal» se quejó en algún momento, al escribir a su familia en España, «porque estaba nerviosísimo de tanto beso y tanto apretón de mano. Cuando me fui al hotel no pude dormir de lo cansado que estaba. Aquí por eso tengo una sonrisa falsa porque lo que quería era que me dejaran solo y veo que es imposible»<sup>3</sup>.

Las circunstancias, en fin, no eran muy propicias para que Novo conociera a Lorca o, al menos, para que entablara con él el tipo de amistad que quería. «Ante tamaña popularidad —apunta el mexicano— yo vacilo en mi deseo de conocerlo. Lo admiro mucho, pero no quería ser simplemente un admirador suyo más, y quizás no habrá medio de ser su amigo». [CV, 188] Al juzgar por este testimonio, la reticencia de Novo fue tan aguda que, de hecho, los dos poetas no se hubieran conocido de no haber intervenido un tercero. Novo recuerda que, al llegar a Buenos Aires, no contaba con la amistad de ningún escritor argentino. Sin embargo, sí contaba con la invitación, que Alfonso Reyes le había hecho llegar en Montevideo, a que pasara a saludar al joven poeta argentino Ricardo E. Molinari. «Alfonso Reyes —recordaría— me había traído de Buenos Aires el grato saludo de Ricardo Molinari en una linda *plaque* y me recomendó vivamente verle allá describiéndome como un mexicano, moreno —morucho, de vivos ojos negros y muy aficionado a todo lo nuestro». [CV, 174] Ampliando un poco la descripción de esta figura señera de la poesía argentina, cabría agregar que acababa de pasar algún tiempo en España, donde se había hecho muy amigo de poetas como Gerardo Diego y Luis Cernuda, y donde Manuel Altolaguirre le había editado un cuaderno, *Nunca* (Ediciones Héroe, Madrid, 1933). No se sabe si había coincidido ahí con Lorca (el biógrafo de Lorca, Ian Gibson, tiende a creer que no), pero el hecho es que, cuando llega Novo a Buenos Aires, Molinari ya se ha convertido en íntimo del autor de *Bodas de sangre* y es Molinari quien, al conocer a Novo, lo lleva en seguida a que los dos se conozcan.

El encuentro ocurrió la mañana del día 1º de diciembre, que coincidió con el día del estreno en Buenos Aires de otra obra teatral de Lorca, *La zapatera prodigiosa*. Lorca los recibió en la habitación que tenía en el Castelar, un hotel muy céntrico en la elegante Avenida de Mayo. El poeta español, como de costumbre, estaba sitiado, hasta en su habitación, por toda una muchedumbre de fervientes admiradores. «Federico estaba en el

Madrid, en la Fundación Federico García Lorca. Mis gracias a Manuel Fernández-Montesinos, director de dicha Fundación, por haberme permitido la consulta de estos textos y también por haber accedido a su publicación.

<sup>3</sup> Apud Ian Gibson, Federico García Lorca 2. De Nueva York a Fuente Grande. 1929-1936 (Grijalbo, Barcelona, 1987), pp. 268-9. Esta biografía me ha sido de gran utilidad a la hora de seguir la estancia de Lorca en Buenos Aires.

lecho», relata Novo. «Recuerdo su pijama a rayas blancas y negras, y el coro de admiradores que hojeaban los diarios para localizar las crónicas y los retratos, que seleccionaban la fotografía mejor, el ejemplar del *Romancero gitano*, que le acercaban el vaso de naranjada, que contestaban el teléfono...» [CV, 198] Pero, a pesar del gentío, poco a poco se fue estableciendo el contacto entre Lorca y el recién llegado:

Federico entraba y salía, me miraba de reojo, contaba anécdotas, y poco a poco sentí que hablaba directamente para mí; que todos aquellos ilustres admiradores suyos le embromaban tanto como me cohibían y que yo debía aguardar hasta que se marchasen para que él y yo nos diéramos un verdadero abrazo. Por ahora, tenía que ir a ensayar *La zapatera*, que se estrenaba esa noche misma. Allí nos veríamos para conversar después de la función, si era posible, y si no, al día siguiente yo vendría por él para almorzar juntos, solos. [CV, 199].

Novo y Molinari asistieron esa noche al estreno de la obra de Lorca, que según el autor de *Continente vacío* reunió al «todo Buenos Aires» (Novo menciona haber visto a Oliverio Girondo y a Norah Lange, así como al chileno Pablo Neruda, pero seguramente muchos más ilustres estuvieron presentes). Como temían, fue tan ruidoso el éxito de la pieza que los dos amigos tuvieron que renunciar a la idea de reunirse después con el autor. Pero Lorca no faltó a su promesa. Tal vez el día después del estreno, acudió a un restaurante de la Costanera a almorzar con Novo. En el curso de la comida, parece que los dos hablaron, más que de literatura, de sus respectivas vidas: «Federico y yo, solos, como dos amigos que no se han visto en muchos años, como dos personas que van a cotejar sus biografías, preparadas en distintos extremos de la tierra para gustar cada uno de cada otra». [CV, 201] Según el relato de Novo, Lorca dominó la conversación, recordando sus experiencias en La Habana y en Nueva York, sus contactos ahí y en España con distintas gentes de México (con Emilio Amero y Antonieta Rivas Mercado, por ejemplo), y aludiendo también, en algún momento, en una especie de guiño de ojo hacia su nuevo amigo, a la fama internacional de que, según él, gozaba entonces el nombre de Novo:

¡Pero zi tú ere mundiá! —me decía— ¡Y yo sabía que tendría que conozerte! En España y en Nueva Yó, y en La Habana, y en toah parte me han contaó anédota tuyaz y conozco tu lengua rallada pa hazé soneto! —Y luego poniéndose serio—: Pa mí, la amiztá e ya pa siempre; e cosa sagrá; paze lo que paze, ya tú y yo zeremos amigos pa toa la vía! [CV, 202].

Los dos evidentemente se congeniaron en seguida y todo parecía indicar que serían inseparables durante los demás días que durara la estancia de Novo en Buenos Aires. Si no ocurrió así, fue porque, muy poco después

de haber comido juntos, Novo de repente cayó víctima de una enfermedad que lo sumió en «un prolongado, febril sueño». [CV, 207] La fiebre duró varios días, durante los cuales fue atendido y acompañado por Nieves, la mujer de su antiguo mentor Pedro Henríquez Ureña, entonces residente en la capital argentina. Entre los amigos que lo visitaban entonces, parece que ninguno estaba más pendiente de la salud del enfermo que Lorca:

Federico entraba y salía; más tarde me aseguró que desde un principio supo que yo no habría de morirme, y a propósito de su clarividencia gitana refirió una leyenda de «martinicos», duendes, e hizo conjuros por mi salud, que a poco lo hacen lanzar de su hotel, pues el más eficaz consistía en echar agua por la ventana, y bañó a más de un transeúnte de la Avenida de Mayo para que yo me aliviara pronto. [CV, 208].

Mientras tanto, ya se había inaugurado la VII Conferencia Internacional Americana, y desde luego sin que la delegación mexicana contara con su relator oficial. En cuanto pudo, Novo se levantó de la cama y se trasladó a Montevideo; pero se ve que no se había recuperado del todo, porque, apenas llegado a la capital uruguaya, volvió a enfermarse. El 11 de diciembre, ya más o menos repuesto de esta recaída, escribió la primera de sus tres cartas a Lorca:

[*Membrete:*]

VII Conferencia  
Internacional Americana  
Delegación de México

11 de diciembre [1933]

Querido Federico:

he vuelto a estar enfermo, claro, porque me han faltado tus conjuros: hazlos, por favor, a distancia. Desde la cama —sólo [*sic*]— y con fiebre y con calentura, no he podido escribirte, pero tú sabes bien que en el fondo hay una pasión loca furiosa de atar. ¿Cuándo vendrás a Montevideo, en donde ya se encuentra tu embajadora? Hoy recibí pruebas de mi poema que imprimirá Colombo en B[uenos] A[ires] y para el que Molinari te forzó a prometerme un dibujo. ¿Lo harás? Algo así como un marinero, o una verga marina, o el mar o lo que se te dé la chingada gana, pero ya, en este momento, porque ahí son lentos para trabajar, y entrégaselo a Molinari, a quien le escribo ahora para rogarle que se encargue de vigilar la edición. Ah, y mándame un romancero gitano-argentino para mi colección de incunables. Mi hotel es Gran Hotel. Ahí han estado, según confesión de mi mucama, Novelli, Anatole France... y Tina de Lorenzo.

Te abrazo

Salvador

La carta es un buen ejemplo del delicioso desparpajo que caracteriza muchas de las mejores páginas de Novo. Por otra parte, deja ver la absoluta confianza, por no decir intimidad, que entonces existía entre los dos poetas. Se trataba, evidentemente, de algo más que una simple relación de amistad, por lo menos de parte de Novo, quien se declara preso de «una pasión loca furiosa de atar»... Algunas de las personas a las que alude Novo en la carta tal vez necesiten alguna aclaración. Cabe señalar que el embajador de España en la República Argentina era Adolfo Danvila, quien había acompañado y apoyado al granadino a lo largo de su estancia en Buenos Aires. (No sé si, al aludir a «tu embajadora», Novo se refería efectivamente a la esposa del embajador o si se trataba de una pequeña broma hecha a expensas de la masculinidad del señor Danvila; curiosamente, más adelante, como se verá, Novo tendrá ocasión de referirse a «nuestra embajadora»...) En cuanto a la mucama de Novo, una inmigrante gallega que llevaba veinticinco años trabajando en el hotel en que éste estaba hospedado, resulta divertido cotejar con esta breve alusión a ella los párrafos que el mexicano le dedica en su *Continente vacío*, donde hay otras referencias a los ilustres visitantes anteriores con los que se divierte Novo en identificarse. [CV, 161-2].

Pero, desde luego, la parte importante de la carta es la que se refiere a la edición de un poema suyo. Aunque no lo identifica en la carta, se trata de las *Seamen Rhymes*, un poema bilingüe que Novo había escrito en el barco durante la travesía de Nueva York a Montevideo. Gracias a su crónica, sabemos que, tras su llegada al Río de la Plata, había visto unos poemas de Molinari editados en unas hermosas *plaquettes* por el célebre impresor argentino Francisco A. Colombo, y que había pensado en seguida en la posibilidad de sacar una edición parecida de estos nuevos versos suyos. Molinari, por lo visto, aceptó la propuesta con entusiasmo e incluso ofreció pedirle a Lorca que hiciera un dibujo para acompañar el texto. A diferencia de lo que Novo sugiere en su carta, Lorca parece haber aceptado el encargo con gusto, puesto que, en muy poco tiempo, le pasó no uno, sino cuatro dibujos a su amigo Molinari. Fue, de hecho, un momento en que Lorca estuvo muy activo en este campo de la creación artística, porque, por las mismas fechas, realizó unos hermosos dibujos para otras dos *plaquettes*, esta vez de Molinari: *Una rosa para Stefan George* y *El tabernáculo*, las dos impresas por Colombo en 1934.

En los dibujos hechos para las *Seamen Rhymes* no figura, que yo sepa, ninguna «verga», ni marina ni terrestre; en consonancia tanto con el tema del poema como con lo que Novo le había pedido en su carta. Lorca sí realizó, en cambio, una serie de variaciones sobre la figura de un marinero, motivo, por otra parte, recurrente en muchos de sus dibujos más cono-

cidos. También introdujo palabras que a la vez que confirmaban el carácter bilingüe del poema («amor, «love»), jugaban con el nombre del poeta, así como con el título de una colección suya anterior («Novo», «amor», palabras alusivas a su libro *Nuevo amor*). Pero, con todo, los dibujos tenían mucho más que ver con la angustiante visión del amor del propio Lorca que con los versos (sosegado canto al mar, los unos; irónica observación social, los otros) de las *Seamen Rhymes*. Una cabeza desdoblada en otra, una cara con huecos negros en lugar de ojos, gotas de sangre que caen de una nariz, un torso sumido en una lápida, la luna que mira con mirada impasible: si el marinero es símbolo del amor, para Lorca el amor, en estos dibujos como en casi toda su obra literaria y pictórica, se acompaña de una intuición aterradora de la inminencia de la muerte.

En su carta se ve que Novo esperaba que Lorca fuera a trasladarse a Montevideo en cualquier momento. El español seguramente habría anunciado su intención de hacerlo, pero dicha visita no la realizaría sino hasta el mes de enero, cuando Novo ya estaría de vuelta en México. Habría, sin embargo, un breve reencuentro, al pasar Novo por Buenos Aires, antes de iniciar el viaje de regreso a México vía Nueva York. Estos, sus últimos días porteños, los pasó en el mismo hotel que Lorca, el Castelar. Un día entero (un día inolvidable, según parece) lo pasó acompañado por Lorca; pero, por lo demás, tal y como nos lo relata en *Continente vacío*, Novo cayó víctima de una extraña pereza, tal vez expresión inconsciente de su renuencia a despedirse de una vida que ya había llegado a significar tanto para él: «Apenas si vi a Molinari para recoger con él los cien estupendos ejemplares de *Seamen Rhymes*, cuya única errata, culpa mía, fue cuidadosamente corregida en todos. Me porté como un canalla con Nieves, a quien ni siquiera llamé por teléfono; con Pedro y con el embajador [Rafael] Cabrera, a quienes tampoco visité. Ni siquiera la compañía de Federico me perteneció por entero esos días, pues tuvo que marcharse a Córdoba a dar una conferencia, y ya no pude despedirme de él. Tan sólo anduvimos juntos un día, todo el día, pero ése no permitimos que nada nos lo echara a perder.» [CV, 237].

La correspondencia se reanudó el 25 de diciembre, cuando, desde alta mar, ya rumbo a Nueva York, Novo le escribió a Lorca para enviarle algunas palabras tardías de despedida:

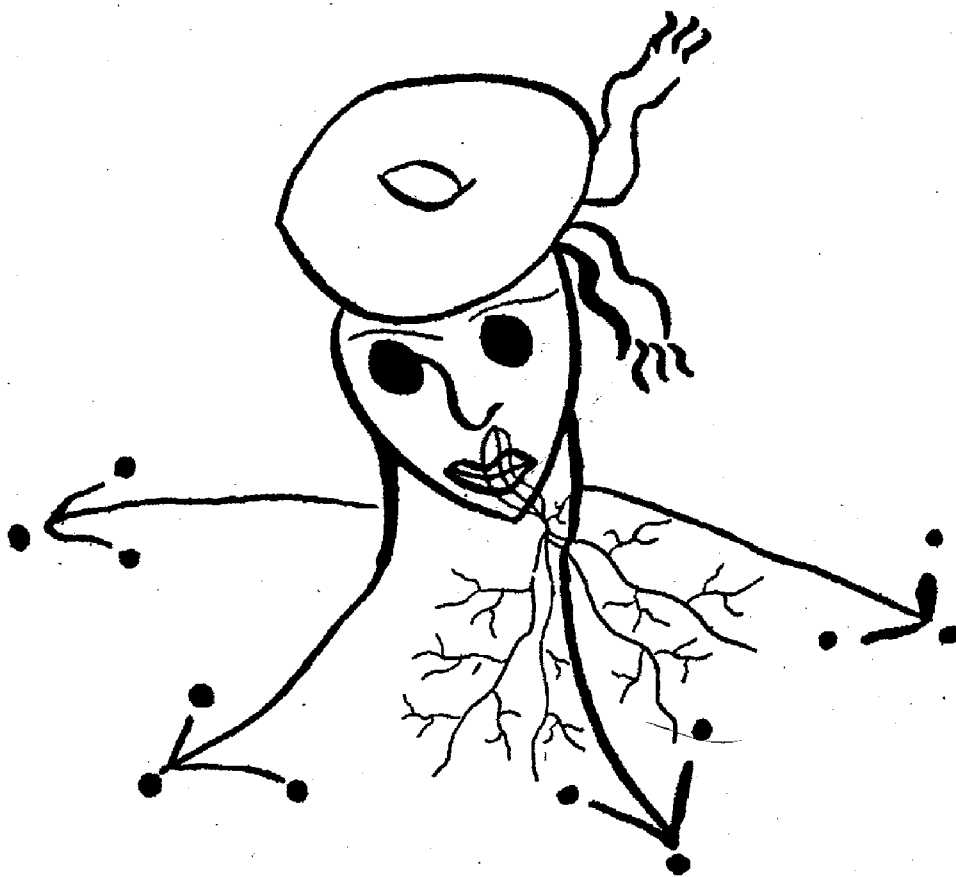
[*Membrete*]

Salvador Novo

Rosas Moreno 102, México

25 de diciembre de 1933

Federico queridísimo:



Dibujo de Federico  
García Lorca

ya no te vi, ya no te abracé. Te dejé tu libro y me llevo tu recuerdo y te dejo mi cariño y te aguardo en México. Ayer compuse el romance de Angelillo y Adela que te envío y que te está dedicado. Haré en México una edición de sólo diez ejemplares.

Quiero que me digas a quiénes debo enviar *Seamen Rhymes*: lo envío ya a Gerardo Diego, Altolaguirre, Cernuda, Alberti y Salinas, al cuidado de nuestra embajadora. Dime a quiénes más debo hacerlo: de Buenos Aires va para Mme Danvila, Nieves y Pedro Henríquez. ¿Crees que deba enviar más? ¿verdad que no?

Cuéntame cómo acabó el enojo de la mujer con bigotes, salúdame a la Avenida de Mayo y a la dueña Dolore-dolorida [*sic*], a tu pequeña Marie Laurencin etc. Canta la Adelita a bordo del Sebastián Elcano y no olvides que has contraído el compromiso gitano de ir a México ahora que vayas a New York. La casa de mi madre es amplia y tranquila y tuya; la casa de Adela es pequeña y tormentosa y tuya: tú elegirás en cuál vivir.

Te abraza largamente

Salvador

En el último párrafo de la carta aparecen algunas alusiones muy crípticas. «La mujer con bigotes» tal vez fuera una de las personas que pretendieron «atrapar» a Lorca el último día que él y Novo quisieron estar juntos, a solas. (En *Continente vacío* Novo relata la divertida estrategia inventada por Lorca para zafarse de ellas). Al mencionar «tu pequeña Marie Laurencin», Novo obviamente no se refería a la pintora francesa del mismo nombre, pero la verdadera identidad de la persona aludida, al igual que la de «la dueña Dolorida-Dolore», seguramente sólo la sabrían las dos partes de la correspondencia, o alguien muy cercano a ellas, como Molinari. Como dato bibliográfico, cabe señalar que la carta confirma lo que Novo insinúa en *Continente vacío*: a saber, que las *Seamen Rhymes* salieron de la imprenta antes de la fecha (del 1º de enero de 1934) registrada en el colofón. También resulta interesante leer la lista de las personas a quienes Novo pensaba enviar su nueva *plaque*. Si bien sería tentador asociar los nombres de los poetas españoles con los gustos y preferencias estéticas del propio Novo, resulta más probable que se trate simplemente de aquellos poetas con los que Molinari había hecho más amistad durante su estancia en España. En todo caso llama la atención el que Novo no mencione a ningún poeta rioplatense; tampoco menciona a Pablo Neruda, omisión significativa si se recuerda la estrecha amistad que entonces ligaba a Lorca con el poeta chileno.

Por otra parte, Novo anuncia en su carta la redacción de un nuevo poema, su «Romance de Angelillo y Adela», que, aun cuando no lo dice



abiertamente, tiene bastante que ver con su amistad con Lorca. El pretexto visible del poema fue la relación que Novo había entablado en Montevideo con Angelillo, un joven torero andaluz que, encontrándose sin dinero, decidió un día dirigirse a Novo para que éste le ayudara a comprar el pasaje a España. Angelillo sabía que Novo era mexicano y «habiendo mexicanos —le explicaba a Novo—, les gustarán los toros, y gustándoles los toros, ayudarán a un torero que está en desgracia». [CV, 230]. A Novo no le gustaban en absoluto los toros, pero, a pesar de ello, no pudo oponer resistencia ante una lógica tan impecable. «Le tendí un billete, uno de esos sucios, grandes billetes uruguayos. Le aconsejé ver a su ministro o a su embajador en Buenos Aires, que estaba entonces en Montevideo, y a quienes yo me encargaría de recomendar que lo repatriaran. No se le había ocurrido una solución semejante, ni su posibilidad. Contaba alegremente rescatar su traje de luces, ponerse al día en la pensión con el grande y sucio billete y algún día, quizá, vendría a México. No olvidaría nunca ese *favó*». [CV, 230-231].

Este muchacho, a quien Novo nunca más volvería a ver, figura como el protagonista de su «Romance de Angelillo y Adela», un poema que constituye un homenaje muy obvio (y a veces bastante ripioso, hay que decirlo) al autor del *Romancero gitano*:

El se llamaba Angelillo  
—ella se llamaba Adela—,  
él andaluz y torero  
—ella de carne morena—,  
él escapó de su casa  
por seguir vida torera;  
mancebo que huye de España,  
mozo que a sus padres deja,  
sufre penas y trabajos  
y se halla solo en América<sup>4</sup>.

Ahora bien, la carta a Lorca tendería a confirmar lo que Novo ya había insinuado en *Continente vacío*: a saber, que la persona disfrazada bajo el nombre de «Adela» no era sino él mismo. Las páginas en cuestión de dicho libro son aquellas en las que Novo evoca la larga conversación que había tenido con Lorca en Buenos Aires el primer día que comieron juntos. Al resumir los detalles de esta conversación, Novo subraya sobre todo el entusiasmo con que Lorca habla del famoso corrido de la revolución mexicana conocido como «Adelita»:

Recuerdo ahora, Federico, como si te escribiera una carta que no contestarías en la prisa y el ajeteo en que vives, cómo aquella tarde tu intimidad y el fuego de tu conversación desataron la nostalgia del indiecito en evocadora elocuencia del México

<sup>4</sup> Salvador Novo, «Romance de Angelillo y Adela», *Poesía* (Fondo de Cultura Económica, México D. F., 1977), p. 105.

que presentías y que tardas tanto en certificar. Tú cantaste la Adelita, que sabías tan bien, y me dijiste que para ti esa canción simbolizaba todo el México que querías conocer, que Adelita era para ti una mujer viva, de carne y hueso, idolatrada por los sargentos, respetada hasta por el mismo coronel; fiel a su soldado, apasionada, morena y fecunda.

Al proseguir en su narración, Novo habría explicado a Lorca que la muchacha en que se inspiró el anónimo autor de este corrido habría sido nada menos que una criada de su casa cuando su familia vivía en Torreón. Sea apócrifa o no esta atribución, lo cierto es que, al contar la historia de esta muchacha, Novo se identifica apasionadamente con la figura de Adela, quedando tan pasmado al escuchar el corrido de boca de Lorca, como, según él, habría quedado pasmada la «verdadera» Adela al escucharlo de labios del compositor y cantor original. «Con aquella boca suya, plena y sensual como una fruta», escribe Novo, refiriéndose a esta Adela «suya», pero dirigiéndose todavía a Lorca, «no pensaba sino en el abrazo vagabundo de aquel con quien al fin huyó por los montes de aquella estrecha cárcel de su Laguna; no imaginó jamás esta perenne sublimación de su vida en un himno que ahora a tus ojos vuelve a prestarle un corazón y que llena el mío del violento jugo de la nostalgia». [CV, 203].

Es decir, Adela revive en Novo gracias a la acción poética de Lorca, transformación que queda fielmente reflejada en el «Romancillo», donde la utilización de esta máscara de «Adela» permite al poeta dar expresión indirecta a un tema tan tabú como lo era entonces el de la homosexualidad. Pero no sólo esto: si Novo se convierte en «Adela» ante la mirada (y la voz) del poeta granadino, ¿realmente deberíamos tomar al pie de la letra la identidad literal del otro protagonista de la relación, «Angelillo»? ¿No cabría ver en esa anécdota del torero, que supuestamente estructura el poema, un simple pretexto que permitiría a Novo expresar una pasión originada, en realidad, en otro (es decir, en Lorca)? En todo caso, la conclusión del romance expresa sentimientos demasiado vehementes para poder haberse originado en el brevísimo encuentro con el torero, tal y como Novo nos lo cuenta en *Continente vacío*:

Porque la Virgen dispuso,  
que se juntaran sus penas  
para que de nuevo el mundo  
entre sus bocas naciera,  
palabra de malagueño  
—canción de mujer morena—,  
torso grácil, muslos blancos  
—boca de sangre sedienta.  
Porque la Virgen dispuso  
que sus soledades fueran

como dos trémulos ríos  
perdidos entre la selva  
sobre las rutas del mundo  
para juntarse en la arena,  
cielo de México oscuro,  
tierra de Málaga en fiesta.  
¡Ya nunca podrá Angelillo  
salir del alma de Adela!

Sea cual fuere la relación real o deseada de Novo, tanto con Angelillo como con Lorca, lo cierto es que fue Lorca quien motivó esta identificación de Novo con la Adela del corrido, identificación que Novo quiso perpetuar al escribir su romance en homenaje a Lorca. Cabe señalar, por cierto, que en este homenaje Novo no sólo pone en juego una fusión (y confusión) de los papeles sexuales tradicionales, sino que también postula una interesante confluencia racial y cultural entre lo mexicano y lo español, mestizaje que se traduce, entre otras cosas, en el cruce establecido en el poema entre el corrido y el romance. Es decir: así como Novo se conmovió al escuchar el corrido de la «Adelita» de boca del autor del *Romance gitano*, él a su vez quiso que éste se conmoviera (o al menos, se divirtiera) al ver esta misma «Adela» convertida en personaje de un romance gitano... escrito por un mexicano.

En enero de 1934 Novo estuvo de regreso en México, donde en seguida encargó una edición limitadísima de su «Romance», tal y como había anunciado<sup>5</sup>. Por su parte, tras sucesivas decisiones de prorrogar su estancia, Lorca finalmente abandonó el Río de la Plata en el mes de marzo. A diferencia de lo que anticipaba Novo, su barco, de regreso a Europa, no pasó por Nueva York; por ello, Lorca ni siquiera se habría planteado la posibilidad de interrumpir su viaje para bajar de Estados Unidos a México, tal y como Novo evidentemente quería que hiciera. Pero, según parece, Lorca sí contestó esta segunda carta de Novo. De esta misiva, por desgracia, sólo conocemos el pequeño detalle que nos comunica Novo en el prólogo escrito en 1973 para la edición de Porrúa, donde recuerda que, estando ya en México, en 1934, recibió «apenas [...] unas líneas» del poeta español, dirigidas (y aquí viene la cita de Lorca) «al indiecito que llevas debajo de la tetilla izquierda»<sup>6</sup>. Detalle gracioso, que ofrece una pequeña y divertida variante con respecto a una observación parecida que Lorca le habría hecho el día que comieron juntos en la Costanera bonaerense y que éste recoge nuevamente en *Continente vacío*: «Toda nuestra España —recordaría Novo, refiriéndose a la fascinante conversación de Lorca— fluía de sus labios en charla sin testigos, ávida de acercarse a nuestro México, que él miraba en el indiecito que descubría en mis ojos». [CV,

<sup>5</sup> Véase Salvador Novo, *Romance de Angelillo y Adela* (Imprenta Mundial, México D.F., 1934). El colofón reza: «Se acabó de imprimir en México en la Imprenta Mundial el día 31 de enero de MCMXXXIV». En cuanto a la «Justificación» de la tirada, se señala lo siguiente: «Del Romance de Angelillo y Adela se han impreso únicamente quince ejemplares en papel Imperial, numerados del I al XV y fuera de comercio». El poema lleva una escueta dedicatoria «A Federico García Lorca», que, por cierto, no aparece en la edición de la Poesía de Novo publicada por el Fondo de Cultura Económica; cabe señalar que en la edición del Fondo tampoco figura la dedicatoria a Molinari que encabeza la edición princeps de las Seamen Ryhmes.

<sup>6</sup> Novo, «Prólogo», p. xix.

<sup>7</sup> Desde mucho antes de que se instaurara el gobierno de Lázaro Cárdenas, el grupo de los «Contemporáneos» al que Novo pertenecía ya había sido objeto de varios ataques por parte de fervorosos defensores de esta misma política nacionalista. Véase al respecto el ensayo de Guillermo Sheridan, «Entre la casa y la calle. La polémica de 1932 entre nacionalismo y cosmopolitismo literario», en Roberto Blancarte (comp.), *Cultura e identidad nacional (Fondo de Cultura Económica, México D.F., 1994)*, pp. 384-413. Cabría señalar que, aun cuando Novo personalmente compartiera el punto de vista de sus amigos, a la hora de la verdad su conducta parece haber sido muy poco solidaria con ellos. Véase, al respecto, otro trabajo del mismo Sheridan, «El malo y el desconfiado: Un encontronazo entre José Gorostiza y Salvador Novo», *Biblioteca de México (México D.F.)*, núm. 11-12 (diciembre 1992), pp.33-39.

<sup>8</sup> Apud Emmanuel Carballo, *Protagonistas de la literatura mexicana*, 2ª ed., SEP, México, 1986 (*Lecturas Mexicanas*, 48), p. 314.

201]. La observación hecha en la carta es la misma, pero en la nueva versión el grado de intimidación que la imagen de «la tetilla» presupone, es mucho mayor. Desde luego, el corazón «indígena» de Novo no pasaba de ser una broma compartida por los dos poetas; aunque, dicho esto, hay que recordar que las aspiraciones cosmopolitas de Novo no le impedían desarrollar a la vez un auténtico interés en la cultura indígena de su país, tal y como habría de demostrar, muchos años después, al escribir obras de teatro como *Cuauhtémoc* e *In ticitexcatl o el espejo encantado*.

Contra lo que pudo haberse pensado, la correspondencia no se terminó aquí, sino que, tras un año de silencio, se reanudó, súbita y efímeramente, en enero de 1935. Ya para entonces la carrera de ambos, pero sobre todo la de Novo, había sufrido cambios importantes, en parte debido a acontecimientos políticos ocurridos en sus respectivos países. En México, en diciembre de 1934, se había inaugurado un nuevo gobierno bajo la presidencia del general Lázaro Cárdenas, que anunciaba no sólo reformas sociales muy radicales, sino también una política cultural de orientación netamente nacionalista. No se sabe si fue por haberse mostrado escéptico ante tal concepción de la cultura<sup>7</sup> o simplemente por ser víctima casual de las sustituciones burocráticas que acompañan a todo cambio de gobierno en México, pero el hecho es que en seguida Novo fue cesado de su puesto en la secretaría de Educación Pública. «Personalmente no conocí a Cárdenas durante su administración», confesaría años después. «Sin embargo, conocí los efectos de su estancia en el Palacio Nacional: me zafó de la burocracia»<sup>8</sup>. Furioso ante semejante ultranza, Novo decidió escribirle a Lorca anunciándole su deseo de huir del país:

[Membrete:]

Salvador Novo

Sevilla, 3 México D.F.

3 de enero de 1935

Querido Federico:

La vida en México se ha vuelto insoportable para mí. Es indispensable e inaplazable que me marche —y tengo miedo de la dura lucha en los Estados Unidos. Mi deseo de ir a España se agrava y me obsesiona. ¿Crees tú que podría ganarme allá la vida —una mediana vida? Puedo dirigir ediciones, traducir libros, enseñar inglés —en último caso escribir en los diarios o corregir pruebas en una imprenta. No sé realmente qué puedo hacer, pero alguna aptitud tendré. No puedo vivir más en México y ningún país me atrae como ese mío.

Me dicen que podría vivir —modestamente, claro, con quinientas pesetas al mes. ¿Es esto cierto? En ese caso, puedo llevar conmigo unas cinco

mil —¡está ahora tan cara con respecto a nuestra pobre moneda!— para vivir diez meses. Si al cabo de ellos no he encontrado modo de ganarme la vida, ¿qué cuesta arrebatármela? Mi madre —mi única familia— se queda en México. Tiene su madre, tiene hermanos y le dejo el auto y muebles y biblioteca que en último caso puede vender. No sabes cuánto amo a México, a este México que ha caído en las peores horribles manos. Sufro mucho, Federico.

Me dicen que en la calle de Las Infantas hay unos departamentos para solteros, pequeños. ¿Quisieras informarte de su renta, tratar uno para mí y avisarme a vuelta de correo aéreo, de estas tres consultas abstractas?

1. ¿Crees que podré ganarme allá la vida? 2. ¿Podré vivir con 500 pesetas mensuales? 3. ¿Cuánto renta un departamento adecuado de soltero? Partiré en cuanto tenga tu respuesta. Te imploro que me contestes. Puedo salir enseguida.

Te abraza tu atribuladela,

Salvador

Lorca seguramente se habrá sonreído al ver a su amigo Adela convertido ahora en «atribuladela»<sup>9</sup>. Por lo demás, resulta difícil imaginar cómo habría reaccionado ante el plan anunciado por Novo. Con quinientas pesetas al mes, éste seguramente hubiera podido vivir modestamente en Madrid (tengo entendido que, por estas mismas fechas, Luis Cernuda vivía —austeramente, es cierto— de las doscientas pesetas que ganaba trabajando para las Misiones Pedagógicas). Es decir: los problemas prácticos del cambio propuesto por Novo se hubieran podido resolver. Y no cabe duda de que Lorca tenía afecto por Novo... Pero, pese a todo, no es imposible que el español haya vacilado ante la decisión de animar a Novo a lanzarse a esta aventura. A fin de cuentas, ¿no se trataba de una decisión bastante comprometedora, sobre todo si se toma en cuenta, por un lado, la actitud más que amistosa de «Adela» hacía él y, por otro, la importancia que ya había cobrado en la vida de Lorca su relación amorosa con su joven secretario Rafael Rodríguez Rapún? Por otra parte, ¿la propuesta de Novo realmente iba en serio o fue sólo el desahogo momentáneo de su enojo con el nuevo régimen?

Si Lorca le contestó a Novo no lo sabemos. El hecho es que Novo desistió por fin de su propósito. Siguió en México, donde, como periodista y como poeta satírico, se granjeó la reputación de ser uno de los críticos más feroces del gobierno revolucionario de Cárdenas. Tanto fue así que el lector de estas cartas se pregunta qué hubiera pasado de haberse reunido Novo con Lorca en Madrid. Después de las elecciones de noviembre de 1933, el gobierno de la República Española había tomado un giro abrupto

<sup>9</sup> El hecho de que la protagonista de la última obra teatral de Lorca, *La casa de Bernarda Alba*, se llamara Adela, no creo que pase de ser una curiosa coincidencia. Sin embargo, cabe señalar que el propio Novo sí se complacía en imaginar que el autor de la obra a lo mejor había pensado en su «Adela» a la hora de escribirla. Refiriéndose a Lorca, comentó lo siguiente: «Y mientras lo recuerdo con tristeza, me hago la ilusión de que al bautizar con el nombre de Adela a la más decidida de sus protagonistas, haya recordado a la inspiradora de nuestra canción nacional, mi narración de cuyas hazañas tanto le entusiasmo en Buenos Aires.» Véase Novo, *La vida en México en el período presidencial de Manuel Ávila Camacho, compilación y nota preliminar de José Emilio Páez* (2ª ed., Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México D.F., 1994), p. 374.

a la derecha, cosa que había llevado a muchos artistas e intelectuales como Lorca a asumir, a su vez, una postura política mucho más radical. Es decir, en 1935 ya existía un abismo ideológico entre los dos poetas. Para tener una idea de la magnitud de esta diferencia, basta con tener presente el trabajo de Lorca a la cabeza de la compañía teatral «La Barraca»: auspiciada por la República Española (aunque castigada por el nuevo gobierno de derechas), esta importante labor tenía su equivalente en México en proyectos de cultura popular promovidos por Cárdenas... y fustigados por Novo. Si bien es cierto que el granadino nunca permitía que sus ideas políticas interfiriesen con sus amistades personales, resulta difícil creer que las ideas de Novo, y sobre todo su pasión por airearlas de manera provocativa, no hubieran terminado por distanciar a los dos amigos.

Novo tuvo la esperanza de que se volvieran a ver en México, en el verano de 1936. Parece que Lorca tuvo la intención de visitar el país (incluso anunció haber comprado el billete para el viaje); sin embargo, en el último momento cambió de idea y se quedó en España, donde, muy poco después del levantamiento militar del mes de julio, fue fusilado por los insurrectos. Es decir, después de los breves días vividos en Buenos Aires, los dos amigos nunca más volverían a verse. Pero fue tal el impacto que el poeta español tuvo sobre Novo, que, a pesar del paso del tiempo, éste siempre se guardaría fiel a su memoria. Y de hecho, tal vez sea ésta la imagen que finalmente nos ofrece esta breve correspondencia: la de una pasión humana, más que de una relación literaria. A fin de cuentas, y a pesar del indudable interés biográfico del «Romance de Angelillo y Adela», el encuentro entre Novo y Lorca no dejó, en ninguno de los dos poetas, ninguna huella literaria importante. El encuentro personal, en cambio, dejó, en Novo si bien no tanto en Lorca (que no parece haber correspondido a los sentimientos del otro en la medida que éste seguramente hubiera querido), una huella indeleble; tan indeleble que incluso unos treinta y nueve años más tarde, al escribir el prólogo a las obras de Lorca, el mexicano se sentiría obligado a evocar una vez más a «la persona cuyo genio, gracia, voz, ha permanecido, a la vez congelada y viva, inmóvil y dinámica, en mi recuerdo»<sup>10</sup>.

<sup>10</sup> Novo, «Prólogo», p. xix. (Agradezco los valiosos comentarios que hizo Anthony Stanton sobre un primer borrador de este trabajo.)

**James Valender**